

FERNANDO LÁZARO CARRETER  
(1923-2004)

No me resulta difícil destacar el rasgo que caracterizó más claramente la personalidad de Fernando Lázaro Carreter: la curiosidad intelectual por todo lo que tuviera relación con el idioma, con sus manifestaciones —artísticas o no— y con su proyección social. Otros filólogos de su generación ponían algunos límites a esa inquietud y preferían cultivar un número más reducido de parcelas idiomáticas. A Lázaro le interesaban todas, y en los pocos casos en que no se permitió abordarlas directamente, impulsó a otros para lo hicieran. Analizó muy diversos aspectos de la historia de las ideas lingüísticas y de las literarias, estudió magistralmente la lengua de un gran número de escritores clásicos; abordó también los fundamentos de la poética, y escribió sobre métrica, morfología, sintaxis, semántica y lexicología, además de sobre la historia de la lexicografía académica, entre otros campos.

Dicen algunos sociólogos que toda obra científica tiene trascendencia social por el simple hecho de serlo. Otros no están enteramente de acuerdo con esta asimilación y exigen condiciones más estrictas a los resultados de cualquier labor profesional para establecer ese acercamiento. Es muy evidente que la obra de Fernando Lázaro cumple sobradamente los más exigentes requisitos de unos y de otros. Sus penetrantes estudios filológicos introdujeron puntos de vista nuevos en el análisis literario, especialmente en lo relativo al papel de la lengua artística, y muy particularmente al de los credos estéticos de los autores y la ruptura o el mantenimiento de las tradiciones literarias por parte de cada uno. La proyección social de su legado está mucho más a la vista. Formó a muchas generaciones de filólogos en tres universidades a lo largo de treinta y ocho años. Hasta los menos ilustrados saben bien que a él se debe el arranque de la profunda renovación de la RAE, que bajo su mandato pasó de ser una corporación hierática, como el decía, y anquilosada en usos antiguos, a una institución moderna, viva y vinculada con la sociedad y con la universidad. Sus libros de texto permitieron acercarse por primera vez al estudio de la lengua y la literatura a muchos miles de adolescentes. Sus artículos periodísticos llevaron igualmente a un gran número de ciudadanos —aunque siempre me-

nos de los que él hubiera deseado— a plantearse la propia lengua como materia de reflexión; a pensar, acaso por primera vez, que el idioma es el soporte en el que se sustentan las ideas, el material del que están hechas, y no en cambio el adorno que las recubre o el envoltorio en el que se empaquetan y se envían. Tras el buen humor y la ironía que destilaban sus dardos, ya-cía una profunda preocupación social que lo acompañó siempre: cuando se empobrece el lenguaje, decía, se empobrece el pensamiento; cuando se anulan los matices, se abotarga el intelecto, se pierde el placer por la lectura, por la reflexión y —lo que es más grave— por el simple ejercicio del pensamiento crítico.

La gran pasión intelectual de Lázaro fue la lengua literaria. Volvía una y otra vez en sus escritos sobre la esencia de lo literario, sobre el misterio del arte verbal, quizá la materia que más le apasionó a lo largo de su vida. En sus escritos están vivas las preguntas más profundas: qué hace que un fragmento del idioma sea trivial o sea excelso; por qué nos sobrecoge un texto que no nos informa de nada; en qué medida existe o no un código de la lengua literaria distinto del de la lengua común. Lázaro era un lector apasionado, sobre todo de los clásicos, pero debe resaltarse que la mayor parte de sus numerosísimos trabajos sobre literatura no nos hablan de los avatares personales de los autores y tampoco de su particular psicologismo. A Lázaro no le interesaba el hombre, sino el artista. Los textos literarios no se entienden sin hacer referencia a los autores; pero no tanto a sus vidas como a sus credos, a sus sistemas de valores estéticos. Solo en algunos trabajos de principios de los años sesenta parece interesarse por la persona. En un estudio sobre Góngora de esa época decía aplicar la llamada “tipología caracterológica” para descubrir rasgos del autor a través de su obra, pero ya entonces hace notar que le interesa especialmente de Góngora la fábula de Píramo y Tisbe, a la que dedicó dos trabajos más, por la singularidad de su lenguaje y las dificultades interpretativas que encierra.

Sus análisis del lenguaje poético, dice, “se apartan de la hoy dominante tendencia hermenéutica a adscribir a los lectores toda la responsabilidad de la comunicación lírica con renuncia al significado que quiso cifrar el escritor en sus versos”. En otro párrafo de su libro *De poética y poéticas* lo dice aún con mayor claridad: “Voy a sostener, en contra de las creencias compartidas por los formalistas eslavos y los ‘new critics’ americanos, la licitud, y aun la necesidad, de incluir en el circuito de la comunicación (...) al emisor”. Lázaro, que había sido alumno de Dámaso Alonso, declaró en varias ocasiones que deseaba huir del exceso de impresionismo intuitivo y que prefería profundizar en los rasgos literarios que caracterizan las épocas, en sus convenciones, en la forma en que los autores reaccionan contra modelos anteriores o contemporáneos. Le interesaba, en suma, analizar el lenguaje de la lírica, “dentro del tiempo y fuera del espacio”.

Como consecuencia de esas convicciones, los textos de Lázaro manifiestan una marcada tensión intelectual dirigida siempre al proceso de desentrañar los rasgos que permiten a los escritores hacer arte con las palabras: le llama la atención la forma en que Garcilaso se desembaraza de lo que denomina “yugos métricos” de la poesía cancioneril, y la manera particular en la que consigue que los nuevos metros italianos den al verso un ritmo, una cadencia y una sonoridad diferentes. Le interesa deslindar los rasgos específicos que tomó Fray Luis de León de Poliziano; le entusiasma la prosa de Valle Inclán, en particular el Tirano Banderas, y se esfuerza por describir lo que llama su “lujo verbal”, que le convierte en “el creador de la prosa artística moderna”. Cuando analiza el *Libro de la vida* de Santa Teresa se pregunta qué es lo que hace de él una obra literaria. Describe con minuciosidad los efectos de las rimas acategoriales en los versos de Jorge Guillén y le interesa analizar la medida en que se refleja o no en ellos su posible acercamiento a las convicciones literarias de Paul Valéry. Se siente atraído por los rasgos de la estética machadiana que revelan la influencia krausista; le seducen, de igual

forma, los caracteres específicos que hacen del Buscón “un libro de ingenio”, más que “un libro de burlas”, y la manera en que se conforma en él el sentimiento estético de Quevedo, del que decía que es el único escritor en el que el idioma es verdadero coautor de los impulsos artísticos del que lo maneja.

El que lea la palabra *señora* en Garcilaso y no observe que nunca aparece *dama*, o el que encuentre la palabra *amador* en su poesía, y no sepa que solo aparece una vez, puesto que es siempre *amante* la que la sustituye, no entenderá que el concepto de “amor como servicio”, propio de la poesía de los cancioneros, ha dejado de existir en el credo artístico del cantor de Elisa. Esa comprensión exige, como se ve, cierta información comparativa. Lázaro creía en la existencia de una “poética de los escritores” como paso posterior a la estilística. De hecho, la propuso como parte de esa *poética diacrónica* que defendía y que le hubiera gustado ver escrita, fuera por él o por otros. Nunca creyó que la lengua poética sea un sistema autónomo moldeado por reglas distintas, o formado por desviación de la lengua estándar. Defendió en cambio que la especificidad de la lengua literaria de cada autor es el resultado de una liberación de lo que llamaba “la tiranía de los códigos del lenguaje”, y a la vez del desarrollo particular de un credo estético personal.

A pocos temas literarios dedicó Lázaro un solo trabajo. Sus aficiones eran persistentes: dos artículos a la Fábula de Píramo y Tisbe; otro más a Góngora; dos a Garcilaso; tres a Guillén y a Lope, y no menos de cinco a Fray Luis, al que llamaba “poeta aéreo” y al que le gustaba volver cada cierto tiempo para desentrañar alguno de los misterios que le había suscitado la última relectura. Todo ello sin mencionar a San Juan, Fr. Antonio de Guevara, Moratín, Gracián, Luzán y tantos otros a los que dedicó uno o varios estudios monográficos.

No soy especialista en la lengua literaria y no puedo valorar sus investigaciones sobre este campo como lo haría un profesional de esta disciplina. Tampoco tengo los conocimientos de ecdótica necesarios para interpretar adecuadamente las novedades que introdujo en sus ediciones críticas. Solo diré que el amor de Lázaro por la literatura es muy temprano. Surgió seguramente durante el Bachillerato, en el que tuvo la fortuna de tener como maestro a José Manuel Blecuca, y también en los cursos de Francisco Ynduráin, en los primeros años de su carrera universitaria en la universidad de Zaragoza. En Madrid completó sus estudios bajo la dirección de Dámaso Alonso, con el que empezó además a formarse como especialista en la Teoría del Lenguaje Literario. De una forma o de otra, los clásicos lo acompañaron siempre.

Lázaro solía decir que la etapa más feliz de su vida académica fue la salmantina, los veinte años en los que ocupó la cátedra de Gramática General y Crítica Literaria en la ciudad del Tormes. No lo fue solo porque su investigación, su docencia y sus afanes intelectuales fueran todas de la mano en aquella época, sino también porque en ese periodo disfrutó de la amistad y el estímulo intelectual de un extraordinario grupo de profesores, entre ellos Michelena, Díaz y Díaz, Artola, Sánchez Ruipérez, Tovar y algunos otros. En esa etapa se desarrolló también su afición al teatro, que siguió cultivando cuando abandonó Salamanca, así como su preocupación por la didáctica de la lengua y la literatura, que tampoco le abandonaría nunca. Tomó de algunos especialistas franceses la idea de que los alumnos deberían partir de los textos, no de las teorías sobre ellos, y desarrolló una serie de estrategias didácticas, válidas tanto para la Enseñanza Media como para la Superior, que siguen vivas entre nosotros.

La relación entre enseñanza e investigación es estrechísima en la trayectoria de Lázaro. Cuando pasó de Salamanca a Madrid, apenas iniciada la década de los setenta, su cátedra pasó a ser la de Lengua Española. Explicaba, por tanto, cursos de Gramática, y también investigaba sobre esa misma disciplina porque siempre entendió que debía existir una estrecha relación entre la enseñanza y la investigación de un profesor universitario. Esa época se inicia con la investigación sobre el *Diccionario de Autoridades*, que escribió como discurso de ingreso en

la Real Academia Española en 1972. A ese mismo período pertenecen su investigación sobre el artículo, dos estudios sobre la lengua de los refranes y las monografías sobre los interfijos, la pasiva y las nominalizaciones, entre otros trabajos.

Conocía muy bien el estructuralismo europeo y el norteamericano, como se comprueba en las citas de sus trabajos anteriores a esos años, pero a finales de los sesenta ejerció como profesor invitado en la Universidad de Texas, y allí recibió las primeras noticias acerca de algunas direcciones formales de la lingüística moderna que le parecían tan nuevas como prometedoras. Su natural curiosidad intelectual hizo el resto y en la Universidad Autónoma de Madrid explicó cursos de Gramática Generativa aplicada al español durante seis o siete años.

Al cambiar de nuevo de cátedra, y ocupar otra vez la de Gramática General y Crítica Literaria, esta vez en la Universidad Complutense, volvió a tomar otro rumbo su investigación. Retornó a los clásicos, como en cierto modo era de esperar, pero también abordó monográficamente las cuestiones fundamentales de la Teoría Literaria, las preguntas esenciales y más profundas sobre el objeto de estudio que se plantea siempre el que practica cualquier disciplina cuando lleva tantos años analizando con meticulosidad y con apasionamiento innumerables casos particulares. Este es un paso importante en la trayectoria profesional de Lázaro. Hasta mediados de los años setenta, no escribe prácticamente estudios que no versen específicamente sobre un texto o sobre un autor. Ahora escribe ensayos más generales, como su lección de la Universidad Menéndez Pelayo de 1976 titulada *¿Qué es la literatura?*, el trabajo que lleva por título “Lengua literaria frente a lengua común”, o el ciclo de estudios sobre el lenguaje lírico y la noción de literariedad.

En 1988 le llegó la jubilación forzosa, cumplidos los 65 años que en aquella época eran frontera irrebable, y Lázaro dejó la universidad, a la que había dedicado casi cuarenta años de su vida. Solía decir que en Salamanca se sentía profesor y en Madrid, funcionario. Lo cierto es que el abandono de las aulas fue para él, que siempre se consideró ante todo un profesor universitario, un golpe muy duro que percibimos en aquellos años todos los que estábamos cerca de él.

Casi podría decirse que el resto es historia conocida de todos. Pocos años después de abandonar la Universidad, Lázaro se hacía cargo de la dirección de la Real Academia Española, en la que iniciaba la formidable tarea de remozar sus estructuras y su funcionamiento. A lo largo de dos mandatos que sumaron siete años, Lázaro promovió la renovación de los estatutos, consiguió recursos, agilizó el trabajo diario, estrechó la relación con las Academias Americanas y consiguió que, en cierta manera, se introdujera en esa institución el sentido del tiempo: los plazos, los ritmos, los equipos, los proyectos y las metas que caracterizan la vida de las empresas modernas pasaron también en cierta medida a percibirse en la Academia. Nada tiene de particular que el choque fuera allí mayor, si cabe, que en otras instituciones, ya que se producía después de muchos años en que los trabajos y los esfuerzos académicos —no precisamente menores— no eran percibidos verdaderamente por la sociedad.

Varios de los nuevos proyectos que la RAE espera culminar en breve plazo se iniciaron bajo su mandato. Con Lázaro entraron además en la Academia las nuevas tecnologías. Los dos corpus que dejó como herencia (CREA y CORDE) han crecido considerablemente a lo largo de estos años, y la página electrónica de la RAE aparece hoy en el ordenador de los hispanistas de todo el mundo entre las que ofrecen recursos más útiles. El propio Lázaro, para el que visitar las páginas había sido siempre escrutarlas, ojearlas, subrayarlas o estudiarlas, se convertía en un navegador virtual en los nuevos mares del idioma, y tenía así la ocasión de comprobar personalmente que el marinero viejo boga mejor en barcos remozados.

No he desgranado en este apresurado recuerdo de Fernando Lázaro la lista de premios y honores que recibió, ni siquiera los siete doctorados *Honoris Causa* que le fueron concedidos.

Tampoco he citado los títulos que componen la veintena de libros que nos dejó, mucho menos los de sus artículos, conferencias, cursos monográficos en España o en el extranjero, y otras muchas informaciones que se especificaban en las reseñas periodísticas que se publicaron tras su muerte, y que ahora se ponen al día en las enciclopedias. Lázaro había calificado la empresa de construir el *Diccionario de Autoridades* como “una de las más esforzadas de las que puede ufanarse la cultura española”. Muchos de los que conocemos su legado pensamos que el alcance de su trayectoria personal e intelectual constituye también una de las mayores contribuciones a la sociedad y a la cultura que puede hacer un filólogo de cualquier especialidad.

Estoy seguro de que con el paso de los años se destacará especialmente entre todas esas contribuciones la de haber transmitido a la sociedad entera la conciencia de que todos tenemos una responsabilidad ante el idioma. En los filólogos, esa responsabilidad es profesional, como es obvio; en la Academia y en otras instituciones del Estado es social, puesto que repercute directamente en la educación, en la investigación y en el prestigio de todos los que hacen ciencia en español o sobre el español. Pero tan importante o más que esas responsabilidades es la que tienen los hablantes por el solo hecho de serlo. A Lázaro le gustaba decir que el idioma es la piel del alma. Si a través de la educación se consigue que los ciudadanos tomen conciencia de esa piel, si llegan a sentir que el idioma les pertenece, si lo estiman, lo sienten como propio y lo usan como instrumento imprescindible para crecer intelectualmente y formarse como personas, será difícil encontrar durante muchos años a alguien que nos deje un legado de mayor trascendencia.